

Moncloa de Madrid, Moncloa gótica

NO hemos votado a trescientos cincuenta diputados, sino a Pujol, a Arzalluz, a González, a Anguita y a tres o cuatro más. Ellos decidirán en el nombre de todos. Las listas cerradas y bloqueadas amparan y configuran la oligarquía política de la que habla Antonio García Trevijano y otros analistas que sienten el malestar democrático. El sistema de representación a la española se sintetiza en jefes de fila de unos partidos que no pertenecen a la sociedad, sino al Estado que los sufraga. Lo que les faltaba para pagar las nóminas lo sacaban del pacto secreto con el poder financiero.

Ya verán lo que ocurre ahora. Los diputados elegidos del PSOE se someterán al jefe del grupo parlamentario. Nos dicen que hay revuelta en la mayoría, que está a punto de organizar una comuna en San Jerónimo Alfonso Guerra, pero luego la mayoría se subordina al partido, que, mordiéndose los puños, se subordina al Gobierno. Y eso no sólo ocurre en Madrid, sino en Cataluña y en el País Vasco. El diputado, el senador, el ministro sigue las órdenes del líder, del presidente, del jefe, del honorable.

En el actual régimen español, el presidente del Gobierno disfruta de un poder, un carisma, una idolatría superior a lo que está escrito en la Constitución. Véanlo. González ya no es un líder de una minoría mayoritaria buscando apoyos. Se comporta como Mitterrand. Transforma la Moncloa en el Elíseo. Y así el modelo se reproduce en toda España. El palacio de Sant Jordi es una Moncloa gótica, y el de Vitoria una Moncloa con derecho a cocina en la que se alternan los platos de Arana con los del abuelo.

Como en las «matraskas» rusas, después de González van saliendo muñequitos, Pujol, Arzalluz, y así hasta Naranjito. El régimen parlamentario se ha transformado poco a poco en un presidencialismo general. «Nuestra cultura política —dice el profesor Manuel Jiménez de Parga— favorece los liderazgos. La personificación del poder quizá fuese inevitable después de cuarenta años de franquismo.»

Lo malo son los entusiastas de esta oligarquía. Por arriba, los líderes; por abajo, los místicos. Porque todo partido político tiene sus políticos, pero también sus místicos, sus guardianes de la fe, sus inquisidores, sus defensores de la verdad. Los hemos sufrido estos días. Cuando se les dice que la verdad no es un dogma, ni la democracia un solo hombre, se atrincheran en la secta, descalifican, insultan, calumnian. Unos porque saben que su partido es una empresa que da empleos y cargos. Otros de buena fe, porque el sol les ciega. Y el caso es que en los años pasados de la transición y de los Gobiernos del PSOE, no se escapó por las calles desbocada la intolerancia. Ha sido ahora cuando han creído que iban a perder las elecciones.

